

Bilbao, Unamuno y la generación del 98

D. Angel M^a Ortiz Alfau

Escritor y editor.

Repaso de las opiniones de diversos escritores y críticos sobre Miguel de Unamuno y análisis de su ligazón con Bilbao, preocupación y referencia constante en su obra.

Se realiza una breve "ruta turística unamuniana" por los lugares de aquel Bilbao que vivió Don Miguel, acompañada por sus propios textos al respecto.

Zenbait idazlek eta kritikok Miguel de Unamunori eta beronek Bilborekin zituen lotura, kezka eta etengabeko aipamenei buruz emandako iritzien azterketa.

"Ibilbide turistiko unamuniano" laburra egin ohi da Bilbo hartan Don Miguelek ezagutu zituen lekuetatik berak idatzitako testuez baliaturik.

A review of the opinions of different writers and critics about Miguel de Unamuno and an analysis of his connection with Bilbao, a constant concern and reference in his work.

A brief "Unamunian tourist route" is conducted through the places of Bilbao where Don Miguel lived, accompanied by his own texts in this respect.

Quiero comenzar congratulándome por la celebración de este symposium que hoy se inicia en Euskadi. Y agradecerle al concejal de cultura Joseba Inchaurreaga -y al alcalde y a la Corporación, por supuesto- por haberlo programado. Vamos a recordar a los vascos de la *generación del 98*, e incluso a más vascos... Una ocasión para recordar a gentes que influyeron no poco en la consecución de lo que hoy es Euskadi.

Me hubiera gustado también agradecer su interés y su preocupación a quienes nos mandan, nos controlan y nos dirigen en este País -me refiero, naturalmente, al Gobierno Vasco-, porque los vascos del 98 se merecen una gran atención. Miguel de Unamuno por ejemplo -vasco por todos sesenta y ocho costados, según él-, en el mundo sigue siendo reconocido y estudiado como uno de los más grandes pensadores de todos los tiempos.

Yo vengo hoy a hablar de él, de Bilbao, y un poco de la generación del 98. De la generación del 98 está todo dicho. Desde el pasado año se está escribiendo en periódicos, revistas y libros, y se está contando en conferencias y mesas redondas, que fue a Azorín a quien se le ocurrió denominar generación del 98 en un artículo publicado en 1913 a un grupo de escritores de reconocido prestigio en aquel tiempo, que eran conocidos ya cuando España perdió sus colonias en América y Filipinas y algunos lo consideraron una tragedia: Pío Baroja, Unamuno, Ramiro de Maeztu, Valle-Inclán, Manuel Bueno, Rubén Darío, Ganivet y el propio Azorín...

Después se han incluido a otros escritores, algunos también vascos: José M^a Salaverría, Francisco Grandmontagne, Ricardo Baroja, etc. y, naturalmente, a Antonio Machado.

Pero de todos, el escritor cuya obra crece en interés constantemente en el mundo entero es la del bilbaino Miguel de Unamuno. Se ha reconocido por muchos críticos y escritores en todos los tiempos, pero la dedicación bibliográfica a su obra es constante, no para.

En octubre de 1919, por ejemplo, un escritor y crítico extraordinario hoy bastante olvidado, Enrique Díez-Canedo, decía en un artículo recogido en libro dos años más tarde, que Unamuno era un hombre raro, que vestía de un modo muy particular y no temía decir aquello que a los más les irrita en momentos de agitación pública, y decía también: "Unamuno es hoy, en opinión de muchos, la figura más considerable de nuestra literatura; aún los que no opinan así, le reconocen cualidades insignes; fuera de España, se le traduce y se le estima como a pocos escritores castellanos".

Mucho más tarde, hace pocos años, ha dicho en Berlín el gran escritor alemán Günter Grass que "los europeos de ahora necesitan a escritores como Unamuno, dotados de una gran intensidad reflexiva no desprovista a la vez de ironía y poseedores de una veta filosófica desde la que es posible afrontar las lacras y los desvelos humanos. Europa se enfrenta a una

época crucial en la que pensadores de la talla de Unamuno pueden servir de guía”.

Pero hay muchos más escritores y críticos que han enjuiciado la obra de Unamuno, y bastantes que le han dedicado un libro, o más de uno. Citarlos a todos nos llevaría no poco tiempo. Quienes conocen su obra en profundidad, han llegado a la conclusión de que es uno de los pensadores más importantes no solo de todo este siglo, sino de todos los tiempos. Pese a quienes le critican porque alguna de las cosas que dijo a lo largo de sus setenta y dos años de vida no les gustaron.

Uno de sus grandes admiradores, y conocedor profundo de la obra de don Miguel, fue Juan Ramón Jiménez, “un poeta de alta espiritualidad y de pureza artística”, según le calificó el jurado danés cuando le concedió el Premio Nobel de Literatura en 1956. Pues bien, Juan Ramón Jiménez, en un curso que impartió en una universidad norteamericana sobre el modernismo, afirma rotundo que Unamuno es “el primero, el más alerta, el más humano y el más divino de los modernistas de habla española, pues si Rubén Darío nos reveló un nuevo sentido de la forma poética, Miguel de Unamuno nos reveló el sentido metafísico del nuevo concepto de vida y arte, que otros modernistas intentaron y consiguieron plenamente luego por la fusión de estas dos ejemplares revelaciones”. Pero Juan Ramón dijo muchas cosas más. Por ejemplo que Unamuno “limpiaba su palabra con la palabra. Y poco a poco surgió de su lengua un idioma único, extraordinario...” Y dijo también que él, que era diecisiete años más joven que don Miguel, “devoraba todos los artículos que él escribía con aquel tanteo de joven cíclope”. Califica a aquellos artículos como “joyas vivas, acaso lo mejor de él”, y animó a los editores de España y América a que, “perdidos en los fosos de la indiferencia española”, los recojan en libro.

Otro gran admirador de la obra de Unamuno, el florentino Giovanni Papini, que en su gran libro *Un hombre acabado* afirma estar profundamente convencido de que los hombres son unos canallas, cuando no unos imbéciles, convencimiento que se lo debe a Erasmo, hace un encendido elogio de Unamuno en uno de sus últimos libros, *Figure umane*, y lo califica de poeta lírico y trágico, ensayista múltiple, sociólogo de fibra y filósofo sin miedo... “Es uno de los más austeros despertadores de espíritus que hay hoy en día en el mundo”, afirma también.

Es cierto que don Miguel fue mucho más que un escritor. En un libro de gran interés que se acaba de publicar en Euskadi, *Los vascos del 98: Unamuno, Baroja y Maeztu* afirma su autor, José Miguel Fernández Urbina, que el escritor bilbaíno fue un “ubérrimo escritor que cultivó hasta el hartazgo todos los géneros imaginables: fue novelista y cuentista, poeta y dramaturgo, ensayista, memorialista y crítico literario, autor de libros de viajes y fanático redactor de epístolas, amén de filólogo, teólogo, filósofo, politólogo, pedagogo...”

El poeta Rafael Alberti, en unas memorias que escribió en los terribles años de 1940 a 1944, confesaba haber quedado maravillado de don Miguel cuando le conoció, por su pasión por todo, su fresca juventud, su dura y entretenida palabra... Y dijo también: “Viejo y enloquecido don Miguel: ¡quién nos diera ahora, a pesar de tus dramáticas contradicciones, de tus infantiles y peligrosas veleidades, escuchar nuevamente tu palabra cargada de explosivos y pólenes celestes, en medio de estos despiadados temblores que sacuden la tierra y en la zozobra de esta espera que hoy nos hace más duros y más fuertes a los españoles errantes!”.

De su talante personal -no de su obra- algunos escritores -por ejemplo Pío Baroja, José Ortega y Gasset o Jorge Luis Borges- dijeron cosas que hacían creer que fue un hombre hosco e intransigente. Ortega, en un artículo necrológico que escribe en cuanto se entera de su muerte, afirma que “cuando entraba en un sitio instalaba desde luego en el centro su yo, como un señor feudal hincaba en el medio del campo su pendón. Tomaba la palabra definitivamente. No cabía el diálogo con él”. Pero afirma también que “fue un gran escritor”, y acaba el artículo con un temor: “La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio”.

El argentino Jorge Luis Borges habla, también necrológicamente, de la presencia “discutidora, gárrula, atormentada, a veces intolerable” de don Miguel, pero afirma rotundo: “Unamuno es el primer escritor de nuestro idioma”.

Sin embargo, otro escritor que lo conoció y lo trató no poco, Ramón Pérez de Ayala, afirmó rotundo: “No ha habido hombre más sencillo y sin afectación en el trato íntimo que Unamuno, ni creo que nadie haya dejado de sentirse al lado suyo, desde el primer instante, en estado de perfecto equilibrio, normalidad y desahogo, como al lado de un familiar o de un amigo de siempre. Además, Unamuno se dejaba contradecir y refutar con calma y docilidad, siquiera aparente. Yo no sé que Unamuno haya reñido nunca con nadie”.

Hay muchos más testimonios que contradicen a Baroja, Ortega y Borges. Pero para pasar a otras cosas, solo voy a citar otra opinión de un curioso escritor que habló muchas veces con don Miguel: Ramón Gómez de la Serna. Dijo Ramón de Unamuno: “Era un ser noble y humano como él solo, tanto que, cuando escribimos la palabra humano nos parece corta, porque aquel prototipo de humanidad alargaba la apariencia de la palabra por similitud con ella: ‘Unamuno’. Y eso que no tenía hache”.

Pero de lo que no hay ninguna duda, insisto, es de la importancia de la obra inmensa que dejó escrita don Miguel. En libros y en periódicos y revistas. Y una preocupación y referencia constante de Unamuno fue Bilbao, y de eso quería hablar un poco hoy. Sí, Bilbao le debe mucho a Unamuno. Mucho...

Cuando nació don Miguel en septiembre de 1864, Bilbao apenas tenía 18.000 habitantes. Como es sabido la Villa se había fundado en junio del año 1300. Aunque hoy no vamos a profundizar en eso, a lo largo de toda su historia, la Villa de Bilbao ha sido constantemente agredida, de formas diversas. Incluso recientemente, en la transición: aunque casi todos los vascos teníamos claro que la capital de Euskadi debía ser Bilbao, los políticos deciden que sea Vitoria. Pero esto vamos a dejarlo.

Cuando nace don Miguel la Villa es ciertamente pequeña: Achuri, Bilbao la Vieja, las Siete Calles, el Arenal, la Plaza Nueva y algo de la ladera del Artagan, Iturribide y las calzadas de Mallona arriba... Cuando se anexiona totalmente Abando Unamuno tiene 26 años. Cuando se anexiona Deusto y Begoña 51. Por eso el Bilbao que le gusta, del que escribe en sus libros *Paz en la guerra*, *Recuerdos de niñez y de mocedad*, *De mi país*, *Sensaciones de Bilbao* y en sus artículos y cartas es el Bilbao de su juventud. “Poco me importa -dice en el año 1900— que se transforme y cambie la villa del Nervión, si en el relicario de mis memorias infantiles permanece incólume mi Bilbao, mi bochito, el mio, ¡el mundo de mi infancia y de mi juventud!”.

Julián Marías, que le dedicó un libro y numerosos ensayos a don Miguel afirmaba que él aprendió a amar a Bilbao con *Paz en la guerra*, la gran novela unamuniana, de la que dijo el que fue alcalde de Bilbao y escritor y crítico Joaquín de Zuazagoitia que “es el libro de Bilbao”. Y dijo también Zuazagoitia que “no debiera haber bilbaíno que no la tuviera como el breviario de su bilbainismo”. El propio don Miguel afirma, parodiando a Witman, que “esto no es una novela; es un pueblo”. Después, Marías dijo también de *Paz en la guerra* que es el mundo visto desde Bilbao. Esta novela ha sido traducida a todos los idiomas de cultura del mundo... La primera edición aparece en 1897.

También está Bilbao en todas sus páginas en el libro *Recuerdos de niñez y de mocedad*. A su amigo y paisano Jean Cassou, cuando le envía un ejemplar, le dice que “este libro que parece tan ligero es el de mi más intenso drama”. La primera edición aparece en 1908, pero Unamuno ya había pensado publicarlo en 1892, según testimonios en cartas que envía a algunos amigos. Para comprender su bilbainismo, para entender mejor su formación y su talento, *Recuerdos de niñez y de mocedad* es un libro que hay que leer... que deberían leerlo por lo menos todos los vascos que se estimen...

Es casualidad, pero en el plano cultural Bilbao cambia a mucho mejor después del nacimiento de don Miguel. Son bilbaínos quienes lo transforman, quienes consiguen una sociedad filarmónica, un museo de bellas artes, una orquesta sinfónica... sin descuidar un hospital civil, escuelas públicas, casa de misericordia... Por algo en un discurso memorable, que no entendieron muchos de sus paisanos, dijo Unamuno que “la riqueza mayor de Bilbao son sus hijos. No se diga que la suerte nos puso montañas de hierro al alcance de la mano. Provincias hay en España en que han entrado estos años más millo-

nes que en la nuestra, y no cabe compararlas en riqueza”. E insistió: “La riqueza de Bilbao son sus hijos”. Era en el año de 1901.

Pero el menosprecio y el olvido de muchos bilbainos -y de todos los vascos- por Miguel de Unamuno ha sido memorable. Y nos ha dejado en un cierto ridículo, ante el mundo intelectual. Dos excepciones dignas de recordarse: en 1922, el nacionalista Jesús de Sarría, fundador y director de la revista “Hermes”, decide publicar un libro titulado *Sensaciones de Bilbao* con una selección de artículos y ensayos, “joyas vivas”, como decía Juan Ramón Jiménez. Pues bien: lo hace, según afirma el mismo Sarría, “arrogándose con orgullo una representación de Bilbao -que cree haber ganado con lo que por el prestigio de Bilbao ha hecho la Revista en su gesta de cultura, hoy día universalmente difundida- (...) como homenaje de la Villa a su hijo Miguel de Unamuno, adalid de pensamiento y de inquietudes, y ejemplo de entereza y dignidad civil”. Insisto, aunque todos lo sabéis, Jesús de Sarría era nacionalista y el libro se publica en 1922.

Unos años después, cuando don Miguel se jubila como rector de la universidad de Salamanca, al cumplir los setenta años de edad, en 1934, y con motivo de un homenaje que le dedica la ciudad de Salamanca, el Ayuntamiento de Bilbao, en un pleno, acuerda nombrar a don Miguel, *interpretando el sentir de todo el pueblo de Bilbao*, HIJO PREDILECTO DE LA VILLA, nombramiento que se quiso perpetuar instalando una placa en el salón de sesiones de la Casa Consistorial. Y unos días después, el Ayuntamiento de Bergara, cuna de sus ascendientes, se sumó al homenaje salmantino de forma “ardiente y efusiva, como galardón a su constante, intensa y maestra labor literaria y docente, exaltadora de su personalidad y glorificadora de la grandeza patria”.

Fue un personaje singular, irrepetible. De los de desnudar su pensamiento, sin falta, todos los días. Va a continuar diciendo la verdad, su verdad. Don Miguel habló siempre claro, a lo largo de toda su vida. Cuando creía que hacía falta, arremetía contra todo y contra todos: contra la monarquía, contra los burgueses, contra los señoritos bilbainos, contra la república, contra los periodistas, contra los mediocres, contra los académicos, contra los eruditos, contra los malos escritores, contra la Guardia Civil, contra los socialistas -él, que fue socialista-, contra los bizkaitarras, contra los curas, contra los comunistas, contra los militares... contra todos.

Por eso tuvo que ir al exilio cuando la dictadura de Primo de Rivera. Por eso el año de la guerra *incivil*, el año de su muerte, un hombre que lo había estimado como escritor, Manuel Azaña firma un decreto, como Presidente de la República, después de unas declaraciones del escritor vasco, a poco de empezada la guerra, destituyéndole de rector vitalicio de la Universidad de Salamanca... Pero después, en el mes de octubre, como consecuencia de unas declaraciones que hace don Miguel en Salamanca delante del general Millan Astray y la señora de Franco, defendiendo a los vascos y catalanes, es el propio Franco quien le destituye también... en la otra España.

Es el sino de don Miguel. Las gentes que, desconociendo la importancia de su obra literaria y de pensamiento, le menosprecian por alguna frase sacada de contexto. Los que se pasan de listos. Lo decía él: “Los que se pasan de listos son los que más tonterías hacen y dicen”. Claro que no fue a todos simpático en vida, pero es que Unamuno era mucho Unamuno y no soportaba la tontería, la estupidez, la necedad humana, como el famoso personaje flaubertiano de *Bouvard y Pécuchet*, que padecía lo que don Miguel llamaba la “enfermedad de Flaubert”: sufrir la estupidez y no poderla soportar. Ver la necedad y no poder tolerarla. Qué tragedia la de aquel personaje. En una ocasión le escribe a una amiga para decirle que ha pasado dos meses y medio absolutamente solo y ha sido muy feliz, porque no viendo a nadie, no oía decir tonterías.

Para quienes no hayan leído con atención sus obras, en el Bilbao actual hay poco Unamuno. Poco más que cuando él se fue a vivir a Salamanca, a finales del siglo pasado. En junio de 1958 vino al País Vasco y a Bilbao -“era sábado y caía sirimiri”- Charles Moeller tras las huellas de Miguel de Unamuno... No sabemos si esperaba encontrar un museo, algún archivo, una biblioteca especial o alguna referencia inédita o poco conocida, para evocar o recrear la figura de nuestro paisano. No encontró nada, y no se lo podía creer. Solamente la placa que el Grupo Alea había colocado en la casa de la calle de la Ronda, donde nació.

Pocos años más tarde el director de un periódico local me pidió que acompañara a un amigo argentino que estaba escribiendo una tesis doctoral sobre don Miguel a los lugares de Bilbao donde hubiera alguna cosa de él. Tampoco estaba aún la estatua de la plaza que ahora lleva su nombre. O sea, no había nada. Solo se me ocurrió preparar unas notas y pasearle por su Bilbao, recitándole lo que Unamuno había escrito. Una especie de ruta turística unamuniana.

Partía de su casa nativa: “Nací en lo más lúgubre y sombrío del sombrío Bilbao: en la calle de la Ronda; (...) en aquella calle, amasada de humedad y sombras, donde la luz no entra, sino derritiéndose”, decía él en una ocasión.

Le llevé a su casa de la calle de la Cruz: “Mamoncillo aún lleváronme a la calle de la Cruz, donde he vivido unos veintiseis años, allí cerca del Portal de Zamudio -del Portal, sin más aditamento ni apellido- uno de los hogares de la Villa, su Puerta del Sol en algún tiempo, frente a Artecalle y la Tendería que, como dos túneles, se me abrían a los ojos de continuo”. La casa de la calle de la Cruz tenía un mirador vulgar, vulgarísimo por el que primero miró al mundo don Miguel. Era “una casa de vecindad, de ocho vecinos, cuatro pisos con dos viviendas dobles, de derecha e izquierda, aparte de los bajos, tiendas y las buhardillas -guardilla les decíamos- una de ellas el estudio del pintor Lecuona en que aprendí a dibujar y algo a pintar al óleo”.

El mundo primero de don Miguel se encerraba entre cuatro calles: la de la Cruz que hemos citado; “Sombrerería, en que habitaba ella -Concha, la única mujer de su vida- “niña, cuando por primera vez nos miramos a las miradas

infantiles, virginales; Correo, donde estaba el colegio en que aprendí a leer, escribir, contar y soñar en el saber, y la entonces del Matadero, luego del Banco de España. Y allí contigua la Plaza Nueva”.

Recuerda muchas veces la Plaza Nueva bilbaína. Incluso cuando contempla La Plaza de los Vosgos en 1925. Yo le leía al argentino lo que escribió entonces: “Soportales aquellos de mi Plaza Nueva de Bilbao, donde amamanté mis primeros ensueños filosóficos, donde forjaba, a mis veinte años, sistemas metafísicos. (...) Me acordaba de aquellos soportales de mi Plaza Nueva de Bilbao, donde, mientras fuera -dentro de la plaza- caía la llovizna, el *sirimiri* que allí se dice, iba yo hilando el lino de mis ensueños trascendentes”. Y le leía también el poema titulado *Las magnolias de la Plaza Nueva*, y otros poemas...

Y salíamos al Arenal. “En Bilbao -decía Unamuno-, a cualquier sitio que se vaya o de cualquier sitio que se venga, siempre daremos en el Arenal, su clave, y no de sol; el Arenal por arriba, el Arenal por abajo y el Arenal por todas partes. Lo más hermoso de Bilbao está enfrente del Boulevard, es decir, lo más hermoso... lo más decorativo. El mejor pedazo de cielo de que gozamos desde el “bocho”, el puente más ancho, la estación, tras los pelados árboles, las arboladuras peladas de los buques, y allí delante, la fila de hermosos castaños y el tilo... ojo ¡al tilo le dejo a un lado, merece turno aparte!”.

Y acababa el paseo en la Plaza de Albia, *la campa* para don Miguel. “¿No he de volver a verte, campa de Albia? / ¿No ha de arrollarse, al fin, en rollo espeso, / el tapiz del camino de mi vida? / ¿Todo ha de ser progreso?”, escribía en un magnífico poema en 1907, titulado *Las estradas de Albia*. Había cambiado mucho, en aquella zona, lo que él había conocido... “Mi pueblo me es extraño; / mi Bilbao ya no existe; / por donde un día fueron sus afueras / hoy me paseo triste”.

Hay mucho Bilbao en la obra de Unamuno. El maestro de libreros Arturo Diéguez Berbén publicó en 1965 un libro titulado *Mi bochito*, que ha sido reeditado recientemente por El Tilo con mucho texto añadido, en el que se recogen numerosos artículos y poemas en los que don Miguel se refiere a Bilbao, o a bilbainos. La edición de Arturo la preparó, con mi colaboración, el gran unamunólogo Manuel García Blanco. García Blanco, salmantino de nacimiento, se merece un homenaje de todos los bilbainos, no solo por su dedicación en este libro sino por su dedicación, a lo largo de su vida, a toda la obra de don Miguel. El fue quien prologó y dirigió dos ediciones monumentales de las obras completas de Unamuno, la de Editorial Vergara y la de Editorial Escelicer.

El prólogo a *Mi bochito* de Manuel García Blanco -murió en Salamanca a principios de 1966- comenzaba afirmando: “Mucho es lo que representó su Villa natal en la vida del hombre Unamuno, cuya bilbainía constituyó siempre un timbre de orgullo. Quiso a su Bilbao con amor de hijo, y en calidad de tal no vaciló en proclamar lo que de él no le gustaba”. Está claro que García Blanco conocía a fondo la obra del más grande de los bilbainos...

Yo espero que Laureano Robles, aquí presente, que hoy va a hablarnos también de lo que Salamanca representó para don Miguel, nos ayude a localizar más textos unamunianos sobre Bilbao. Por ejemplo unos que, según le confiesa a su amigo y paisano Pedro de Mújica en 1890 -que a la sazón está enseñando español en Berlín- trabaja en ellos desde hace tres años, y se titulan *Fisiología de Bilbao*. Le dice que en ellos ha ido dejando recuerdos dulces, elogios, observaciones amargas, cóleras, pesares, dolores, alegrías, “en ella he ido vomitando todo el bien y todo el mal que debo a mi pueblo, sin pasión, pero sin hipocresía ni falso respeto, y oirán (mis paisanos) el día que deban oír la verdad como la verdad es, indiferente al efecto que causa, sin preocuparse de silbidos ni de aplausos”.

Naturalmente, en el libro *Mi bochito* no están otros libros de don Miguel en los que habla de Bilbao, como los ya citados *Paz en la guerra* ni *Recuerdos de niñez y de mocedad*.

Por cierto, no quería dejar de citar lo que dijo Unamuno de Salamanca en aquel famoso discurso pronunciado en el Teatro Arriaga de Bilbao en 1901. Dijo, entre otras cosas: “En aquella ciudad de Salamanca, selva de talladas piedras, en que apenas se siente fluir el tiempo, he dejado granar lo que este Bilbao me dió. De mi Vizcaya, de mi Bilbao, la simiente; de mi Castilla, de mi Salamanca, el Fruto”. Como se ve, y aunque aún llevaba pocos años en Salamanca, don Miguel ya se había enamorado...

Termino con un poema breve, que Unamuno escribió el 18 de abril de 1908, titulado *Hoy te gocé, Bilbao*. Especial atención a sus dos últimos versos:

Hoy te gocé, Bilbao, Por la mañana
topé con un paisano,
como yo, por su dicha, un hijo tuyo.
En sus ojos la luz del Ibaizábal
y en el acento de su hablar el alma,
febril en su sosiego,
que te anima, mi villa.
Era el tonillo, el aire en que vibraron
cuando era mi alma virgen
vírgenes las palabras
en ella entrando.
Te respiré, Bilbao, y nos sentimos
yo y tu otro hijo hermanos
en bilbainía.
Tuve un rato en mis manos
su mano abandonada.
Y al despedirnos, para mí, me dije:
hermanos somos todos los humanos,
el mundo entero es un Bilbao más grande.